

Flamenguismo Alcazareño

"CASITAS"

No era alcazareño, pero aquí desarrolló su vida y se sometió a la coyunda, para él holgada, del yugo matrimonial, ocupando muchos años el cargo de Jefe de los servicios de comunicaciones; telégrafos, teléfonos y relojes de la Estación.

Había nacido en Quero, como pudo nacer en Piédrola, por ser hijo de ferroviario ambulante, asentador. En realidad, era madrileño barriobajero injerto en alcazareño, como se verá a continuación.

Era de escasa estatura, gordo-pálido, vibrante, inquieto. Vestía y vivía con lujo y dentro de la flamenquería, con cierto gusto. Parecía un marqués y a los chicos nos inspiraba admiración por su condición de torero y respeto por su modo de presentarse. La fantasía infantil, desbordada entonces con el juego del toreo como ahora con la pelota, veía en «Casitas» el *non plus*, como decía Emilio «el Pámpano» su compañero de guitarra, pues como buen flamenco, «Casitas» se pasó la vida de juerga,

Dentro de la fanfarria, D. Antonio tuvo la preocupación de su personalidad y es interesante examinar cómo se consideraba él a sí mismo y los canales ocultos por donde discurría su verdadero sentimiento, disimulado con aparatosas apariencias. Lo que resalta en la observación es su afición torera, su actuación juerguística y el no haber tenido un hijo a quien poder decir: «este es tu padre».



D. ANTONIO CASAS GALLAR

Esta fotografía de «Casitas» es muy elocuente, porque lo retrata «de cuerpo entero».

Parece un buen mozo y era una boia. Tiene el gesto hosco suyo; pero eso era una «filfa». Le falta barriga, que disimula con el embozo, con la actitud y con la posición de la máquina fotográfica. Parece que adelanta el pie en despiante de citar al toro, pero no hay toro.

Cabe que haya convidado a comer a quin-ce o veinte y que se vaya por otro lado, llevándose las viandas, o que pida de beber para todo el que llegue a la taberna y se escurra por un ángulo para que paguen los que beban, como es justo.

Cuentan que la noche de su boda le dijo a la Cayetana que se fuera desnudando y volvió al día siguiente . . . para que se fuera acostumbRANDO.

Así era D. Antonio de jacarandoso y bromista y así se reía la Cayetana, poseída y arrogante, al ver a la gente deslumbrada por las apariencias.

La primera y gran sorpresa que se sufre es la de ver que D. Antonio era casi analfabeto. ¿Es posible que aquel señor . . . ? Quejándose de su mala letra y falta de ortografía, dice que es requisito indispensable ser muy poco ilustrado para ser un buen torero, pero que él, como nunca gastó coleta, pudo llegar a saber medio escribir y leer para defender en la Compañía el sostén de su familia. Ingresó en la Estación el año 1874. La afición le entró el 71, viviendo en la Estación de Pozo Cañada con su padre, que lo llevaba a los toros de Albacete y Hellín a ver a Lagartijo, Boca Negra, Frascuelo y otros. El padre creía que su chico sería un gran torero y D. Antonio tuvo el mayor pesar en no tener un hijo de quien poder decir lo mismo.

Fusilaron a su padre los carlistas y él, más amparado por esta causa, pasó a Madrid, al Taller de telégrafos, dedicándose al toreo por los patios de vecindad del barrio del Sur.

Por entonces tuvo relación íntima con una socia de Ministriles y con los amigos de otras, chulillos como él y

con pretensiones de llegar, fueron a pie a debutar en Getafe; era el 14 de mayo de 1877.

El 1880 se presentó en Madrid como banderillero de «El Pulguita» y «El Zoco», al mismo tiempo que los niños cordobeses donde iba «El Guerra»

El 81, «El Manchao» tuvo interés en llevarlo de banderillero a todas partes, pero no fué, por no abandonar su puesto de ferroviario, donde veía